



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



8 de junio de 1889



Núm. 84



EL PRÍNCIPE BONDADOSO



UN RATO DE CHARLA

POR fin se ha dado ya sentencia en el famosísimo proceso instruido con motivo del asesinato, robo é incendio de D.^a Luciana Borcino; fallo arduo hasta el extremo, pero, en último resultado, dictable. *Quod non est in processo, non est in mundo*: este es el principio; y no puede ser de otra manera. En vista de lo que el proceso arrojaba, se ha condenado, pues, á muerte á la criada de la madre del Sr. D. José Vázquez Varela, y á diez y ocho años de prisión á Dolores Ávila. El fallo ha sido acogido con relativa satisfacción por multitud de personas de mi particular conocimiento á quienes no había gustado la petición fiscal. Y, al decir *relativa*, claro está que es porque una sentencia de muerte no puede satisfacer á nadie. Hablo en el sentido de hacer caer sobre la Higinia todo el peso de la ley, á reserva de que pueda aminorarse luego á impulsos de la clemencia.

Si, prescindiendo de lo que el crimen ha sido en sí, nos fijamos en lo que ha puesto de manifiesto la celebración del juicio oral, no tendremos ocasión de regocijarnos mucho tampoco por lo que toca al estado en que aparece nuestra sociedad. Las declaraciones de los testigos han sido una revelación de los horrores que se ocultan bajo la superficie aparentemente tranquila de nuestro modo de ser. Allí se han aspirado los miasmas de cárceles y galeras; allí se han descrito costumbres, digámoslo así, que parecen incompatibles con el siglo presente: tanta brutalidad demuestran; allí se ha visto hasta qué extremo está desmoralizada mucha parte de las clases inferiores; allí infinidad de hampones de ambos sexos han hecho cínico alarde de sus perversos instintos; allí se ha visto, en fin, la más espantosa confusión en las declaraciones. Han sido unas escenas tristísimas.

Ni ha dejado tampoco de notarse una cosa, en otro concepto, asombrosa: tal ha sido el pitagórico silencio guardado por el Sr. Triviño y su consorte la Sra. Juana, porteros, ambos á dos, de la casa n.º 109 de la

calle de Fuencarral. Jamás se había visto un portero y una portera tan calladitos, siendo así que el cotorreo y la chismografía parecían haberse encarnado en los individuos del gremio supradicho. Naturalmente que si han guardado aquel silencio espartano era porque nada sabían, pero aun así son dignos de admiración por su culto al estilo conciso y su deseo de no molestar á nadie con preámbulos y ambajes y rodeos que á nada conducen. Aprendan de ellos los que pecan por esta parte.

Mi aplauso á esos dignos cultivadores del laconismo declarativo es tanto más de apreciar en



Las gemelas

cuanto yo, con rubor lo confieso, he sido siempre de los *insensatos* hasta el día 30, en que lei los telegramas que daban cuenta de la sentencia, y no pude entusiasmar me jamás con los discursos del ex gobernador de Madrid y distinguido masón, según dijo en el Senado, Sr. Rojo Arias. Y por cierto que después de haber hecho constar yo aquí que es un disparate escribir *remarcable*, como dijo él, y no sé qué otra cosa más, he de añadir ahora que si acabó su discurso diciendo, según traen los periódicos, *fiat lux et ruat cælum*, dijo otro desatino, pues la frase es *fiat jus-*

titia etc. Porque ¿cómo sería posible hacer luz si se hundiese el cielo? ¿Dónde irían á parar el Sol y la Luna y las estrellas? Nos quedaríamos á oscuras.

*
* *

Pasando ahora á otro asunto, me permitiré también extrañarme de que, según parece, algunos diputados hubiesen silbado al Sr. Martos, presidente de la Cámara de los Comunes, como dirían en Inglaterra. Y adrede cito á Inglaterra porque en aquel país, donde el parlamentarismo ha prosperado mucho, no silba ningún miembro de los Comunes, por entender que esto podría argüir de ordinario, sino que cuando se trata de manifestar desagrado se imita el gruñido del cerdo, lo cual produce un efecto indescriptible. No hace mucho hubo un regular tumulto en las Casas del Parlamento, y el gruñimiento cerduno era tan formidable que dice parecía aquello como si hubiesen soltado dentro una piara de doscientas cabezas de ganado. Además, se imitan también otros sonidos animales, lo cual da mucha amenidad á las broncas parlamentarias. Yo aborrezco los silbidos por antiartísticos, y por lo mismo desearía se aclimatasen aquí estas costumbres británicas.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



ESMERALDA

(MONÓLOGO DE UN «BÉBÉ»)



Como ha sido tan breve mi existencia, aun cuando mi memoria no es un prodigio, recuerdo perfectamente mis cortas aventuras. Hace muy poco tiempo que vi la primera luz: medio año escasamente. Los *bébés* no acostumbramos gozar de existencia muy dilatada, somos muy frágiles, y además solemos ir á manos que de tanto que nos quieren nos destrozan; pero... vamos á mis aventuras. Me encontraba en un mundo tranquilo é ignorado, vivía entre sombras y apreturas, cuando un día, el repentino golpear de un martillo en la capa superior de mi encierro, me advirtió de que era llegada la hora de entrar á la vida. Sentí que me levantaban á lo alto, y súbitamente percibí la luz: acababan de sacarme de la caja que me contenía, y que fué abandonada entre papeles y virutas en desordenado montón. Luego un hombre me tomó entre sus manos, desempolvó mi traje de raso verde con un manojo de suaves plumas, y en seguida me instaló en un ancho y espacioso escaparate que era un verdadero palacio de cristal. ¡Lo qué allí había! Ocupaban el piso superior hermosa variedad de pande-retas y guitarras, adornadas con vistosos lazos y chulescas pinturas. En la estantería central veíanse potiches de cristal de roca, esencieros de caprichosas formas, juguetes, estuches, neceseres, abanicos, brazaletes, peinetas; el más completo surtido de baratijas, expuestas en artística combinación. Cuanto á los bajos, elegantemente tapizados de *peluche* marrón, los ocupábamos con gran holgura algunos *bébés*, tan remonísimos que á todas horas teníamos suspendidos de nuestras gracias á niñas y á mamás que rabiaban por llevarnos; pero nosotros no podíamos ir con todo el mundo: menos de ochenta pesetas no salía ninguno de nosotros del escaparate, y ya se ve que á ese precio pocos nos podrían llevar.

Como yo (aunque me esté mal el decirlo) era de los más agraciados de mis camaradas, claro está que era uno de los que tenían más partido: por eso, á los pocos días de exhibición, tuve el sentimiento de separarme de mis compañeros de escaparate para pasar al poder de una señora que me compró. Encerráronme otra vez en la fatídica caja, envolvieron ésta en un papel que tenía muchos muñecos dibujados, me tomó mi nueva dueña entre sus manos, salió del comercio, y, llevándome con gran delicadeza, echó á andar.

No había pasado una hora, cuando de nuevo percibí la luz. ¡Ay qué alegría sentí al verla! ¡Qué contento tan grande percibí! Pasado aquel deslumbramiento, me fijé en donde estaba, y me encontré en un hermoso salón. La



El perro viejo

dama que me había adquirido me arreglaba cuidadosamente las ropas, y á su lado una niña me miraba con verdadera fascinación.

—¿Me lo has comprado para mí?—preguntó á su mamá.

—Para ti,—le contestó ésta;—pero si lo rompes te prometo que no te compro ninguno más.

—Este no lo romperé,—replicó la niña;—verás que bien lo cuido.

Y arrebatándome con júbilo infantil de las manos de su mamá, me tomó entre las suyas, echando á correr atolondradamente fuera del salón. ¡Qué de besos y caricias me prodigó! Me llamó con los nombres más dulces que pueden pronunciar los labios de un niño: me dijo que sería su *bébé* más querido, que



El perro viejo

no me rompería jamás; pero, á pesar de tan cariñosas protestas, la advertencia de la mamá dió al traste con mi sosiego. Los primeros días los pasé tranquila y reposadamente: mi amita apenas si se atrevía á tocarme, y ya casi me había olvidado de los vaticinios de la mamá, cuando la niña decidió bautizarme.

—¿Bautizarme? ¿Eso qué será?—pensé entre mí.—¡Ay que no tardé en saberlo!

Me despojé de mi elegante traje, me quitó mi sombrero, y, liándome entre finos pañuelos, me llevó con ella al jardín. Nos paramos delante de la cascada. En un banco inmediato vi á tres ó cuatro muñecas que me miraban atónitas con sus ojos de cristal. Observé que todas estaban inválidas, y este detalle me causó profunda consternación. La niña, sin embargo, reía como ella solía hacerlo, como una loquilla atolondrada, sin pizca de reflexión.

—Verás qué nombre tan bonito te pondré,—me decía. Y sin añadir palabra colocó mi cabeza bajo uno de los caños de la cascada, y allí me tuvo lar-

go rato, obligándome á sufrir el más insufrible remojón. Al separarme me dijo:

—Te llamas Esmeralda. ¿Qué tal si es bonito el nombre? Que no lo vayas á olvidar, porque, si cuando te llamo no me contestas, te pego, y así aprenderás á obedecer.

Yo me estremecí, pues adiviné *que me iba muy de prisa*. ¡En qué estado me dejó! Mi blonda cabellera chorreaba, mis rizos habían desaparecido, el color de mis mejillas empezaba á borrarse, y la humedad, calándose por mis resortes, me impedía todo movimiento. Para colmo de desdichas, la vista del envoltorio que me afeaba aumentaba extraordinariamente mi mal humor. ¡En qué pararía todo aquello! No tardé en saberlo.

Cuando después del bautizo regresamos á nuestra habitación nos encontramos con la mamá. Al verme en mi infeliz estado, reprendió fuertemente á la niña, asegurándole que yo no tenía vida para cuatro días y que era el último *bébé* que le compraba. La niña se puso seria, y al encontrarse sola conmigo me descargó airados golpes, asegurándome que por *culpa mía* la habían regañado á ella.

Me tuvo algunos días olvidada. ¡Ojalá nunca jamás se hubiese vuelto á acordar de mí! pues á los pocos días, al hacer las paces, me dijo:

—¡Pobrecilla Esmeralda! ¡Qué desgredada estás! ¡Verás qué bien te peino! Tomó un ligero peine de marfil y empezó á peinarme; pero con tanta fuerza arremetió, que del primer tirón me dejó calva. Yo hice una mueca dolorosa: sin embargo, ella, lejos de inmutarse, exclamó entre alegres risotadas:

—¡Jesús, qué fea estás así!—Me arrojó en una butaca, y al dar contra una escultura del respaldo me hice el primer chichón. Luego... luego mi vida fué un martirologio contrincado: un día me fracturó un brazo, otro día me estropeó los resortes, luego me dejó sin vestidos, y, finalmente, me abandonó en el montón de sus desechos.

Aquí charlamos solitos recordando nuestra breve vida, aquí echamos de menos nuestros días de escaparate, tan tranquilos y brillantes; conviniendo unánimemente en que la mayor desdicha de un juguete es la de ir á parar en manos de un niño... rico, de esos infortunados niños que jamás han sentido el dulce anhelo de ambicionar algo que sea superior á sus aficiones. Eso es, lo difícil de conseguir.

ESTRELLA



Á MI MADRE (MUERTA)



¡Madre, madre, me has dejado
sin consuelo en este mundo,
sumido en llanto profundo;
pero yo no te he olvidado!

La muerte te arrebató
cuando aun era pequeñito,
mas mi cariño infinito
no por eso te faltó.



Al dirigirte este canto
aun me viene á la memoria
aquellos días de gloria
en que me besabas tanto.

Pero la Parca traidora
te llevó, y ya nada resta:
sólo la poesia ésta
y un hijo que por ti llora.

Santoña, 28 marzo 1889.

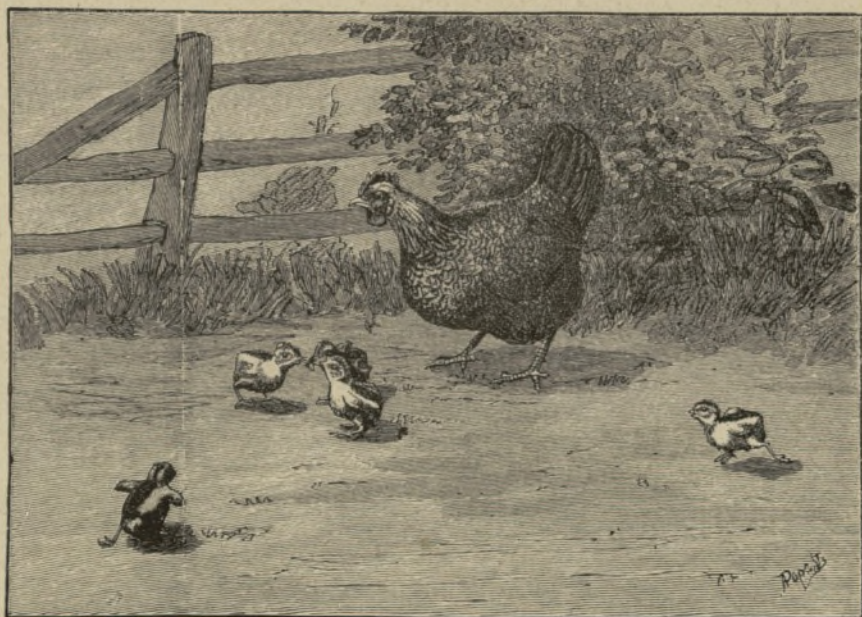
JOSÉ BRAVO



Los pollos navegantes

LA BARBA DEL CID

No voy á enumerar ni trasladar aquí todos los rasgos y todas las hazañas que la historia y la leyenda atribuyen de consuno al valiente castellano Rodrigo Díaz de Vivar, el *Cid Campeador*, héroe del tiempo de Alfonso VI, esforzado paladín cuya memoria y cuyos hechos se destacan entre las sombras que envuelven la historia y los personajes del siglo XI, apareciendo como gigante figura que absorbe nuestra atención y reclama constante



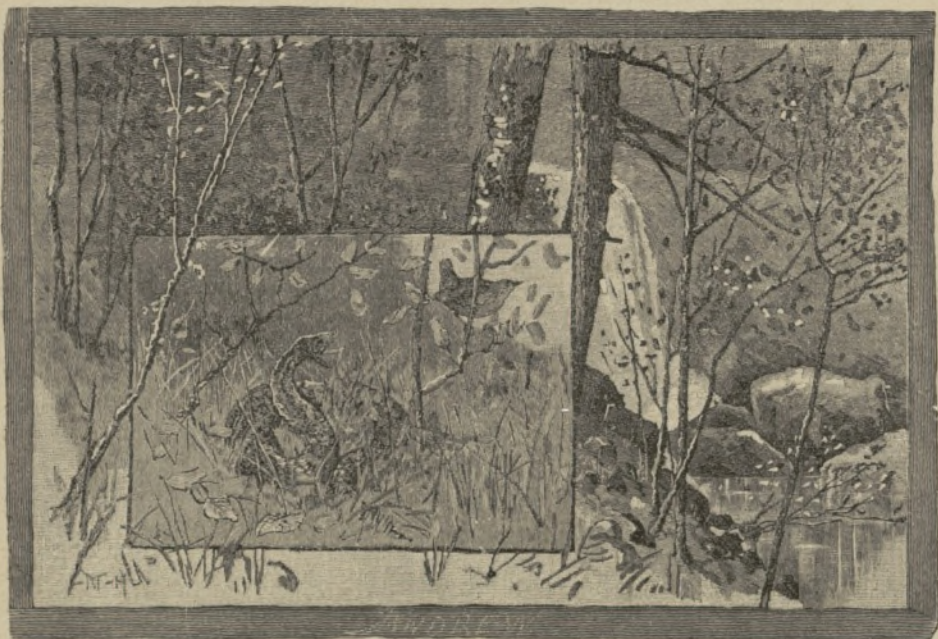
La gallina y los pollos

vigilia para seguirle en sus aventuras, en sus desdichas, en sus destierros, en sus batallas y en sus conquistas; para verle exigir en Santa Gadea un juramento célebre á un rey cristiano (que era el suyo), y encontrarle poco después al servicio del rey moro de Zaragoza, Al-Mutamín; para verle guerrear ora por su cuenta, ora ayudado de los árabes, ora contra ellos; tan pronto en tierras cristianas como en enemigo suelo; al lado de su rey, que necesitaba de la formidable tizona del héroe, como lejos de él, arrojado del reino; verle, en fin, conquistar un pedazo de la patria, dar, á sus vasallos, prudentes consejos y sabias leyes, y... ¡hasta ganar batallas después de muerto!

Tanto valor, tanta caballerosidad y nobleza, tantas hazañas, tanto heroísmo, han hecho del Cid el protagonista de mil cuentos y leyendas á cual más maravillosas, el héroe predilecto de romances y cantilenas en que se celebra algún reto, algún desafío, alguna aventura ó cualquiera batalla en que jugaron principal papel su *tizona* ó su *colada*. Y á tanto llegó la fama de sus actos,

que, aun después de muerto, le sigue la leyenda refiriendo algún extraño suceso en que el Cid demostró no haber perdido con la vida la valentía y firmeza que le hicieron tan temido como respetado. Una de estas hazañas de ultratumba voy á relatar para solaz y recreo de mis camaradas.

Erase en ocasión en que Alfonso VI, resentido con el Campeador por el juramento que éste le hizo prestar y repetir por tres veces, obligóle á salir de sus dominios, dando severas órdenes á sus vasallos para que nadie le prestara



El Jilguero y la serpiente

albergue. A su paso por Burgos, hombres y mujeres corrían á verle, y, si mucho sentían su desgracia, no se atrevían, por temor al rey, á recibirle en su casa; que, como dice el romancero:

Convidar le yen de grado, mas ninguno non osaba:
El rey don Alonso tanto avie la grand' saña.
Antes de la noche en Burgos dél entró su carta
Con gran recabdo é fuertemente sellada:
Que á mío Cid Ruy Diaz que nadi nol' diesen posada

.....

Grande duelo avien las gentes christianas:
Ascóndense de mío Cid ca nol' osan decir nada.

Salió, el caballero, de las tierras de Alfonso, y, despechado y lleno de rabia por el comportamiento del rey, juró no volver á cortar su barba, y dijo en tan solemne ocasión aquellas célebres palabras: «—No tocarán tijeras á estos pelos, ni uno de ellos ha de caer; y de esto tendrán que decir moros y cristianos.»

Desde entonces dejó crecer su barba fuerte y desaliñada como enredada madeja; y advertíase que, siempre que contrariado ó sorprendido, prorrumpía en votos y juramentos, acostumbraba decir: «—¡Por esta barba que nadie tocó jamás!...» Así, por ejemplo, cuando le llevaron la noticia del desaguisado cometido por los condes de Carrión contra sus esposas D.^a Sol y D.^a Elvira, hijas del Cid (otra leyenda de la vida de este héroe), dijo lleno de ira y llevando la mano á la cara: «—¡Por mi barba que los condes no se holgarán de su fazaña!»



Un paseo á caballo

Cuando el rey Bucar (Abu-Bekr), queriendo conquistar á Valencia, cayó sobre la ciudad con gran golpe de soldados almoravides, el Cid y su gente hicieron tal estrago en las filas enemigas que jamás el asustado caudillo Almoravides había visto tal mortandad. Buscábale Rodrigo, y, al ver que el moro huía delante de él, exclamó hincando los acicates á su fiel *Babieca*: «—¿Por qué así huyes, tú que has venido de allende el mar á ver al Cid de la luenga barba?»

Cuando, andando el tiempo, volvió Abu-Bekr á cercar á Valencia, ya el Cid había muerto hacía tres días. Pusieronle sobre su caballo, colgaron á su cintura la formidable tizona, atáronle al brazo un escudo de pergamino pintado, y en esta disposición salieron los cristianos de la ciudad. Trabóse la batalla, que al principio estuvo indecisa; mas al reparar los moros en un caballero

arrogante y bien armado, montado en un caballo blanco y que sobresalía por encima de los demás jinetes, reconocieron en él al Cid, y fué tal el espanto que huyeron á la desbandada, gritando en su jerga: «—¡Ahí está el Cid, el de enredada barba! ¡Huyamos!...»

Continuaron luego los cristianos los preparativos para la conducción del cadáver del que fuera su caudillo al monasterio de San Pedro de Cardeña. Formóse la comitiva, y, tomando el camino de Castilla, llegaron al monasterio en pocos días. Colocaron el cadáver al lado del altar, sentáronle en una silla de marfil y vistiéronle su armadura: sobre el pomo de su tizona apoyaron una mano del Cid, de manera que no parecía estar muerto. Cuenta la leyenda que en cierta ocasión acertó á pasar por allí un judío, el cual, al ver al Cid, quedóse contemplando á aquel que había sido, según la expresión del escritor árabe Ibn Bassan, «la plaga de su tiempo y uno de los prodigios del Señor por su amor á la gloria, su valor y la firmeza de su carácter.»

Pensó el judío en el juramento del Cid de que nadie tocaría su barba, y tentóle el deseo de hacer una hombrada. Acércase, en efecto, el judío; pero en el instante de levantar la mano para acercarla á la barba del Cid, tiró éste de su tizona, con la misma firmeza y valentía que si vivo estuviera, y la desenvainó como una cuarta...

No hay palabras con que expresar el susto y el espanto del pobre judío, que al ver aquello creyóse con un palmo de hierro en su cuerpo, y despavorido se puso á gritar y pedir socorro á grandes voces, cayendo, por fin, sin sentido á los pies de aquel á quien intentara burlar. Acudió la gente que congregado se había, no muy lejos, para oír el sermón que predicaba el abad del monasterio, y encontraron al judío tendido en el suelo y muerto al parecer. Al instante el abad le rocío con unas gotas de agua y le hizo volver á la vida. Creyó la gente ser milagro cuanto acababa de suceder; y el judío, para quien no era menos sobrenatural verse *vivo é ileso* después del espeluznante peligro por que acababa de pasar, pidió ser bautizado y se convirtió á la fe de Cristo, recibiendo el nombre de Diego Gil y entrando al servicio de Gil Díaz, uno de los capitanes del Cid.

Esta es la leyenda de la barba del Cid; y, si bien el suceso es novelesco, no por eso carece de importancia, pues demuestra la consideración y el respeto que había sabido infundir á todos, amigos y enemigos, el potente brazo y firme carácter del héroe de España, Rodrigo Díaz de Vivar.

BRAVO



- NUESTROS GRABADOS -

EL PRÍNCIPE BONDADOSO

Hace más de dos mil años nació un príncipe en cierto país muy lejano. Mientras fué niño se hizo todo lo posible para que viviera feliz, y túvose, sobre todo, cuidado de que no viera escenas tristes, porque era muy sensible é impresionable. Pero no siempre se consiguió el objeto, y algunas veces vió cosas que le contristaron.

Cierto día, cuando jugaba en el patio del palacio con un primo suyo, éste disparó su flecha contra una bandada de ánades salvajes que acertaron á pasar por allí, y una de las aves cayó herida. Compadecido el príncipe, arrancó la flecha que había hecho el daño, y salvó la vida del ánade.

Al cabo de algunos años, cuando el niño fué ya hombre, quiso emprender un largo viaje para ver el mundo. Y cuéntase que, en una de sus excursiones, como encontrase en el campo un cordero herido que se desangraba, lo cogió para llevárselo á su alojamiento y cuidarlo. Pasó toda su vida practicando la caridad, y distinguióse tanto por sus bondades y generosos sentimientos, que después de su muerte muchos hombres emprendían peregrinaciones á su tumba para ensalzar su recuerdo.

Aquel modelo de virtudes era el príncipe Gantama de la India, á quien se tributó después culto bajo el nombre de *Buddha* en todo el país.

LAS GEMELAS

D.^a Isabel tiene dos niñas gemelas, Luisa y Pepita, á quienes conduce todas las tardes á pasear en un cochecito; y son tan encantadoras, que todos los chicos que pasan por la calle se acercan para verlas bien. Tienen el defecto de ser muy golosas, y apenas pasan por delante de una confitería, lloran y gritan si su mamá no les compra caramelos.

EL PERRO VIEJO

Fido, perro tan fiel como inteligente, tiene ya doce años y ha prestado muy buenos servicios á su dueño. Poco puede hacer ya, porque es muy viejo; pero es fiel guardián de la casa, y quiere mucho al hijo de su amo, Carlitos, á quien defendería si alguien tratase de hacerle daño. Todos los domingos, cuando la señora va á misa con las niñas, acompáñalas y las espera á la puerta, pues no le gusta quedarse solo en casa.

Cierto día encontró en el bosque á un amigo de su amo, que no recordaba ya cuál era el camino que conducía á la granja, y miraba á su alrededor para orientarse. El inteligente perro debió comprenderlo así, pues con sus movimientos y sus ladridos pareció ofrecerle como guía al extranjero, que, habiendo seguido al animal, pudo llegar muy pronto á la casa que buscaba.

LOS POLLOS NAVEGANTES

Tres incautos pollos, picando acá y allá en la orilla de un río, vieron un zueco de madera é introdujéronse en él. Muy satisfechos estaban, al parecer, de su hallazgo, cuando de pronto llega una onda, arrastra en su retirada el zueco hasta la corriente, y héte aquí á los tres pollos navegando en aquel extraño esquife, que se desliza poco á poco al principio, y después más rápidamente, con gran asombro de las aves, que no se atreven á moverse.

Por fortuna para los tres navegantes alados, el zueco se enreda al poco tiempo en un cañaveral, y entonces los pollos se atreven á saltar y ganan la orilla á salvo. Allí inmediato hay un jardín; y una niña, que ha contemplado el singular espectáculo de tres pollos navegando, los atrae, ofreciéndoles migas de pan. Las aves acuden presurosas, porque les aguijonea el hambre; pero, una vez satisfecho su apetito, la niña los considera como propiedad y no los deja salir á correr aventuras.

LA GALLINA Y LOS POLLOS

Una hermosa gallina tenía cinco pollos. Tres de ellos seguían siempre á su madre; y si se alejaban alguna vez, acudían presurosos apenas aquélla los llamaba con su cacareo; pero

los otros dos eran muy discolos, y siempre llegaban tarde cuando la hembra quería enseñarles á comer y á escarbar la tierra para buscar lombrices; de modo que, mientras sus hermanos crecían gordos y lúcidos, ellos estaban raquíticos y flacos. Algunos niños conozco yo á quienes sucede lo mismo que á los pollos por no hacer aprecio de las advertencias de sus mamás.

EL JILGUERO Y LA SERPIENTE

Una inocente avecilla, un jilguero, triscando entre el ramaje, no ha observado que muy cerca de él se halla uno de sus más temibles enemigos, la astuta serpiente, que con brillantes ojos acecha á su futura víctima para devorarla. El jilguero se aproxima más y más, sin ver aún á la serpiente, oculta entre las yerbas, y ya el reptil se enrosca para lanzarse sobre su presa. La avecilla parece perdida sin remedio; pero la Providencia vela por aquel ser inofensivo. De repente aparece una marrana, y, apenas divisa á la vil serpiente, precipítase sobre ella y la destroza; mientras que el jilguerillo se remonta por los aires expresando con sus trinos la alegría que le causa haberse salvado.

UN PASEO Á CABALLO

Cierto día encontró Juanito á su amigo Eugenio que iba á casa del herrador, montado en el potro de la granja, para que pusiesen herraduras nuevas al cuadrúpedo. Juanito, que no sabía lo que era ir á caballo, quiso saber si le gustaría, y rogó al jinete que el dejara montar delante, á lo cual accedió el otro, sujetándole con un brazo para que no cayera. Así dieron los dos un buen paseo, y tan complacido quedó Juanito que de buena gana hubiera hecho la misma excursión todos los días, aunque debiera ir solo; pero su padre le dijo que esto sería peligroso hasta que tuviera más edad y aprendiese la equitación.

LA ARDILLA PRISIONERA

Junto á la casa donde vivía el lindo Roberto elevábase un añoso árbol, cuyas ramas llegaban hasta las ventanas más altas. Habían fijado allí su residencia dos ardillas después de formar un gracioso nido, donde estaban cómodamente, sin temor á ningún enemigo. La hembra había dado á luz cuatro hijuelos; y cierto día, uno de estos animalitos que ya podía saltar y correr, alejóse del nido, avanzó por una rama, y al ver una ventana abierta penetró en la habitación, excitada, sin duda, su curiosidad por los objetos que allí había.

Cuando llegó la mamá de Roberto, acercóse para cerrar uno de los cajones de la cómoda, y no le sorprendió poco ver una pequeña ardilla durmiendo entre la ropa blanca. Al punto cerró el cajón, bajó al comedor, y, queriendo dar una sorpresa á su hijo, díjole que subiera al cuarto y le sacara un pañuelo de la cómoda. Roberto obedeció, y al abrir el cajón retrocedió con asombro al ver una ardilla que, despierta ya, había saltado sobre el hombro del chico.

Roberto, loco de alegría, se la apropió al punto, y su mamá le regaló una cómoda jaula para que guardase á su prisionera.



LO QUE CONTÓ UNA GOLONDRINA'

(Continuación)

Miramos primero el comedor: era una sala bastante baja; una gruesa viga atravesaba el techo. Sobre la gran chimenea de encina veíanse guirnalda de flores y frutas esculpidas. La estancia estaba artesonada de encina bruñida y ennegrecida por el tiempo. Una de las ventanas estaba abierta. Delante se veía un órgano colocado contra la pared.

Era temprano todavía, pero, sin embargo, estaba servido ya el almuerzo y una joven acababa de colocar sobre la mesa un gran ramillete de flores. Permaneció por un momento mirando con aire de satisfacción el resultado de sus trabajos. Su mano arreglaba con cuidado los pliegues de un largo manto blanco que llevaba sobre un brazo.

—Abuela, el almuerzo está servido,—dijo acercándose á una señora anciana que estaba sentada cerca de la ventana con un grueso devocionario colocado en una mesita próxima.

—¿Ya, Ruth?—dijo ella.—Mucho has trabajado, pues, esta mañana, hija mía.

—Sí, pero es un gran día, ya sabéis: es menester que yo asista á la catedral esta mañana,—añadió mirando con tierno orgullo á un niño que acababa de entrar y que había colocado su mano en la de la joven.—¿No es verdad Bernardo?

Bernardo la miró y la devolvió su sonrisa sin hablar.

—¡Ah! Es que hoy se estrena Bernardo,—repuso la abuela,—y eso le pertenece,—añadió tocando la vestidura blanca que tenía Ruth en el brazo.

—Sí.—Y Ruth desplegó un sobrepelliz de las más chicas dimensiones.

Bernardito se ruborizó y miró alternativamente á sus dos compañeras.

—¡Que Dios te bendiga, hijo mío!—dijo la anciana con voz conmovida.

—Hoy entra de niño de coro en la capilla,—respondió Ruth.—¿No es un grande honor que le sea permitido emplear su hermosa voz en servicio del Altísimo?



La ardilla prisionera

Era ciertamente un grande acontecimiento en la corta vida del niño: iba á cantar por primera vez en el coro de la catedral.

—Mira, queridito: llama á Claudio,—dijo Ruth,—y vamos á almorzar.— Claudio era su primo, un joven artista que desde hacía algún tiempo vivía con ellos. Entró así que hablaba, y se puso á la mesa.

Antes de dar fin el almuerzo, entreabrióse la puerta, y se vió asomar una cabeza.

—¡Hola, Jaime!—exclamó Bernardo corriendo hacia la puerta;—entrad, entrad, amigo Jaime.



La ardilla prisionera

—Sí, entrad,—repuso Ruth con tono amistoso. Y Bernardo introdujo en el comedor á su amigo, que formaba con él extraño contraste.

Jaime era un mocetón de aire torpe y tímido. No era un niño, y apenas era un joven. Carecía absolutamente de gracia, y su cara no tenía de notable sino su expresión de buen humor y dos ojos muy brillantes abrigados bajo cejas tan espesas como las de un hacendado escocés. Había en toda su figura así como algo de cómico y algo de patético; como si conociese su falta de atractivos, y como si esto le pusiese, á la vez, triste y divertido.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA